

Señal a Brenda

Y pensar, pensé, que lo único que me quedaba ahora de Brenda era su nombre escrito en la última página del cuaderno de francés y las enigmáticas líneas de la tarjeta postal que yo miraba esta noche como hipnotizada, en realidad con miedo; en el fondo, con un secreto temor, como si pudieran desvanecerse o volatilizarse. En ese caso, lo único que restaría de Brenda sería mi recuerdo de ella, mi historia, casi sin asidero en lo real porque Brenda había ocupado por razones de levedad y extrañeza, esa zona ambigua de la realidad que se confunde con la ficción, tan parecida a un sueño. ¿Qué pruebas podía dar yo de su existencia? La voz impersonal de la secretaria de la embajada con la que hablé cuando había perdido su rastro. El grupo de francés, es verdad. Pero nada indicaba que, salvo el pintoresquismo de Brenda, su riguroso y refinado sari, su lunar pintado en la frente y su extraña manera de ir asimilando el castellano, nada más que su pura forma exterior de hindú en un país anacrónico, les llamara la atención. En ese grupo de ocasionales compañeros, Brenda pasaría a ser un recuerdo vago, una mención casual cuando por azar se hablara de la India. Su existencia quedaría allí reducida a un mero enunciado, a una frase comprimida entre una mayúscula y un punto. Una oquedad en la que su persona se iría adelgazando y transparentando hasta convertirse en una cita que alguien pronunciaría no en relación a ella sino en relación a sí mismo y que dejaría definitivamente afuera a su cara oscura y patética, condenada a ir desapareciendo hasta de las palabras. Para mí, sin embargo, quedaba ese pequeño puente, esa huella, en la última página del cuaderno de francés y la postal escrita en el aeropuerto De Gaulle. Puedo imaginar muy bien el interior y el exterior de ese gesto; la inscripción en el aire de esa última señal desde el lugar del desembarco, cuando todavía el viajero lleva sobre los hombros, como si saliera de un bosque, briznas, rastros del país que dejó atrás. Jirones que sólo lo abandonarán del todo al mezclarse con la gente, con la multitud que lo envuelve y lo adopta con indiferencia en otra ciudad, entre otros ruidos y otra lengua y donde de verdad la historia vivida tan lejos pasaría al olvido, se desharía como el rastro de un sueño a la luz del día. Pero antes que esto suceda, antes de subir al automóvil que seguramente la espera y continuar con su vida, Brenda había hecho ese último gesto que la ligaba a mí y a los escasos meses que pasó

en Buenos Aires: se ha detenido un momento en el brillante stand de revistas y bombones caros, casi sin mirar ha sacado una tarjeta del exhibidor y ha escrito las líneas que yo descifro ahora, esta madrugada, un mes después. Pero no sólo las líneas significan; también la imagen descarta una elección casual: la mujer que en el recinto medieval mira absorta la cara del gato. *¿Qué rostro tenía yo antes que se hiciera el mundo?*, había escrito en el reverso de la tarjeta. Una pregunta que yo leía ahora, de este lado, mirando tu letra tan particular, una grafía hecha a otros trazos, empinada hacia arriba como llena de diminutas torres. Gestos gráficos que habían nacido y adquirido firmeza en su primera escritura, el panyabi, y que firmaba con su nombre más propio: Brinder. Ha firmado dentro de una repentina agitación, porque ha visto detrás de la gente la llegada del automóvil oficial, mientras Pierre, su marido, le hace desde lejos un gesto de impaciencia. En medio de este oleaje de ruidos y sensaciones, en medio del desorden de la llegada, del desamparo, de todo lo que falta, en realidad, para llegar, Brenda ha sentido el cansancio, ha abierto un túnel como de aire petrificado, un silencio en el que ha hecho el gesto de elegir la imagen de la mujer con el gato, ha escrito la pregunta sin respuesta y la ha depositado en la recepción postal del aeropuerto, señal que yo descifro ahora, esta madrugada, un mes después, cuando ni siquiera el vendedor o la vendedora de aquel exhibidor de revistas y de tarjetas postales pudiera recordar nada de ella ya que pasan por allí cientos, miles de extranjeros, todos los días, a todas horas y con atuendos exóticos; cuando Brenda fuera nada para nadie en un lugar que bien podría no haber existido ya que no conservaba ninguna huella de su paso, en ese momento de nada del otro lado, del lado del que se mandó el mensaje, yo recibía, al otro lado del mundo, esa imagen y trataba de recuperar el segundo de la escritura y con ese segundo toda su historia porque es esencial.

El sari color turquesa caía en pliegues hasta el piso. De piel oscura, ojos enormes y melancólicos, el pelo renegrido partido al medio y el lunar en la frente, allí estaba una tarde en medio de la clase de francés. El sari fue lo primero que me impresionó, lo segundo fue la atmósfera de exotismo que flotaba a su alrededor y que produjo un poco de ansiedad en todos, impacientes por brindarle información sobre bifes en la Costanera, el tango y la simpatía de los argentinos. Andanada de datos que ella recibió sin comprender casi nada. Concisamente dijo que acababa de llegar a Buenos Aires, que era la esposa de un diplomático francés, que había estudiado en Londres y que necesitaba con urgencia alguien que le enseñara castellano.

Media hora después, nos sentábamos a la mesa de una confitería de Carlos Pellegrini y Córdoba. Y en este punto empieza lo difícil de contar, de transmitir, porque allí sucedió algo que tal vez pueda sintetizarse como la revelación de un auténtico sentimiento de libertad. Antes fue otra cosa. Antes, en medio del acto más convencional de sentarme a tomar un café, supe que no era, que no había sido, una provinciana curiosidad por lo exótico la que me había llevado a ofrecerme para enseñarle castellano sino una compulsiva manifestación de fraternidad, de simpatía, que a mí misma me asombraba. Sentía que en ella había algo especial y que nadie más que yo lo

había descubierto. Y mientras constatábamos que teníamos la misma, casi exacta edad —ella había anotado en su cuaderno las dos fechas: el mismo mes, el mismo año, sólo el día difería de una manera singular, el mío el 4, el de ella el 31, y rápidamente sumó 3+1—, mientras, y a propósito de las fechas, intentaba transmitirme una elemental idea sobre la rueda de la vida y la reencarnación como antes nosotros el tango y la simpatía de los argentinos, que yo aceptaba, supongo, con igual estupor, simultáneamente desaparecía como por arte de magia ese esfuerzo que preside cada intento de comunicación con los otros, sobre todo con los que ya saben cómo somos y, en consecuencia, reciben cualquier novedad de nuestra parte con desconcierto y desazón. Desaparecían las diferencias: no había actos anteriores con los que coincidir ni actos futuros a los cuales llegar. No había ninguna idea maternal de la una hacia la otra ni de protección; no queríamos convencernos de nada, no teníamos que justificarnos por nada. Libres, flamantes, iguales, sólo teníamos que contar. Hacerlo en otra lengua eliminaba, por fin, esa invisible y poderosa jaula con que el lenguaje propio da forma y marca todo lo que somos. Desprendida de este último lastre, yo me sentí flotar. Y en principio fue sobre todo eso: un inesperado sentimiento de libertad de golpe y porrazo en una confitería de Carlos Pellegrini y Córdoba, una mañana de otoño en Buenos Aires. Pensé en Santiago, en que tenía que poder contarle todo esto y hablé de Santiago. Y al tiempo que lo que yo era hacia afuera se iba aliviando de peso, se iban desgajando las capas superfluas de los que podrían llamarse mis *datos personales*, hacia dentro, en el centro de un segundo, pensé: «Somos dos personas, sin edad, sin sexo, sin país. Dos personas». Y casi sin darme cuenta, sin sorpresa, me encontré contándote lo de la gaviota. Hablándote de la equidad del famélico chico al costado del tren y de la gaviota. Dejé fluir lo que quería fluir desde días atrás, lo que quería salir desde el fondo del sueño o de la vigilia cansada. Una gaviota casi muerta en una playa del sur, las alas pesadas de aceite negro, la vida que está a punto de irse. Intentar ser el cuerpo de la gaviota —lo dije así, Brenda, o ahora creo que lo dije de ese modo—, sentir su oscura certeza de la muerte; la sangre que corre con esfuerzo supremo, las pequeñas vísceras intoxicadas, combustiones químicas queman los alveolos; el corazón azul, el temblor del cuerpo, el pico abierto cae hacia un costado, las alas pesan. La indiferencia del cielo atravesado por gaviotas que tal vez mueran de muerte natural, desamoradas de la que agoniza en la playa. Sólo queda un resto de plumón blanco latiendo débilmente, niveo como una señal. Pero yo —y asombrosamente podía decirlo con naturalidad en esa ampulosa confitería de la calle Córdoba—, por oscuros caminos había recibido la señal y tendía la mano para ayudarla a morir. Porque en mí —y podía decirlo, finalmente podía decirlo— resonaba esa muerte como un trueno. Y después de haberlo dicho, volví a posarme sobre la silla como si volviera de un sueño.

Dos veces por semana salíamos de francés y nos instalábamos frente a la mesa rodeada de vidrio. Mirábamos el ajeteo de la ciudad que, apurada, se deslizaba hacia la noche. Buenos Aires, a través de los ojos de Brenda, parecía inhóspita e imperso-